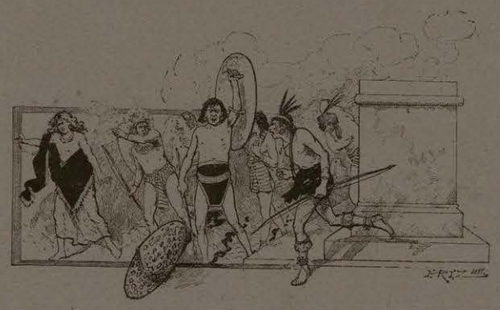
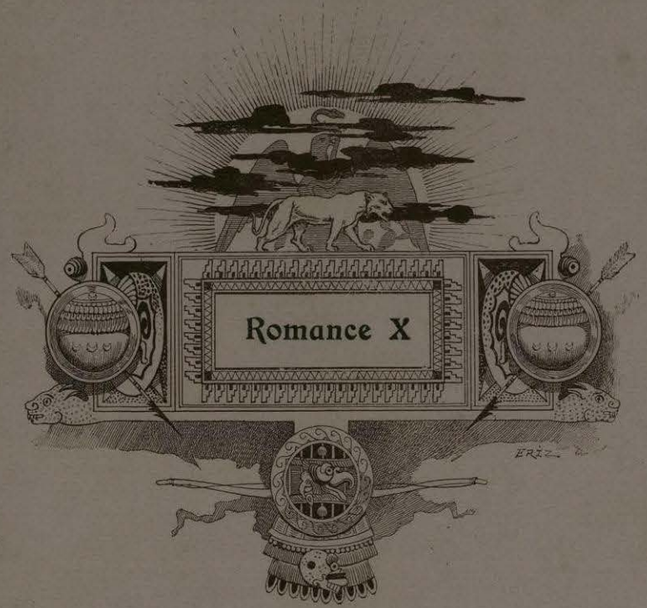
¡Ay de tí, madre de Reyes,
ciudad soberbia y famosa,
regalo de Emperadores,
perla de la indiana zona!...
si el enojo de tus dioses
con harta sangre no borras,
de las iras celestiales
escarnio será tu pompa.»
Calló el mago, y ronco aullido,
que el inmenso espacio asorda,
lanzó la audaz muchedumbre,
que huyó confusa y medrosa;
bien así como el torrente,
que encuentra la valla rota,
y por la extensa llanura
rebramando se desborda.



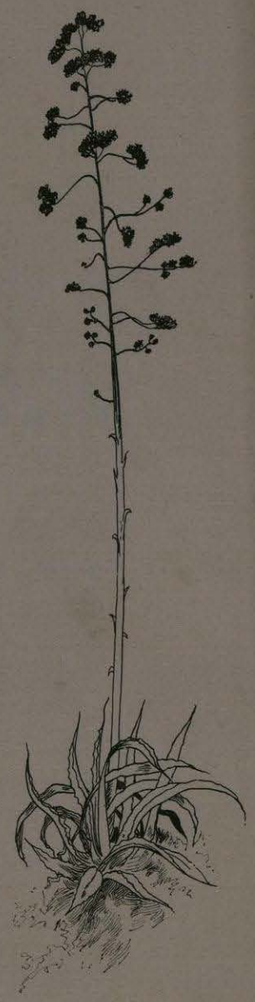


ROMANCE X

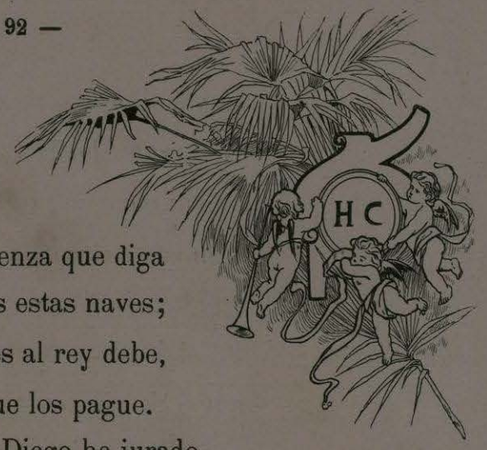
UN GOLPE EN VAGO

—«Ya el triunfo de vuestras armas
en toda Cuba se sabe,
y herido de negra envidia
se agita Diego Velázquez.
Con mucho disgusto ha oído
que, siendo suyas las naves,
os hayáis vos apartado
de rendirle vasallaje,
estando en esta comarca
del rey por representante.

Dicen que asaz ha sentido,
y lo cuenta como ultraje,
que de tantas regalías
como en esta tierra os hacen,
hayáis al César mandado
un barco de vuestra parte,
henchido de barras de oro
y de vistosos plumajes.
Por esto los enemigos,
que allá en Santiago dejasteis,
de vuestra honradez murmuran
con desenfado y coraje;
que diz que de ingratitudes
habéis hecho siempre alarde.
Bien pudierais, buen Hernando,
torcer el rumbo, si os place,
para aplacar las hablillas
de esos hombres miserables,
que sólo mueven las lenguas
cuando no hay quien se las saque.
Yo bien sé que esa jornada
no os fuera de todo en balde,
que conocer os importa
un traidor de alto linaje,
que con achaques de amigo

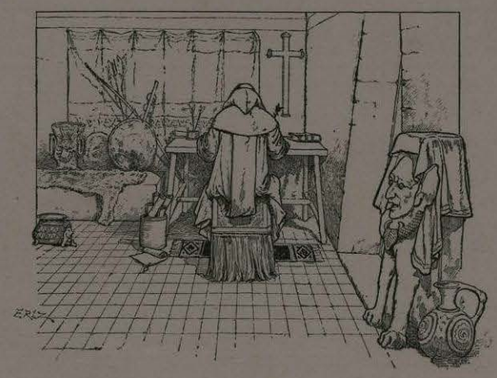


os vendió como un alarbe.
No arruguéis, Hernán, el ceño,
que aunque da honor al semblante,
bien se ve que sois un mozo
que habéis el alma de un ángel.
Fuisteis incauto aquel día
que á Santiago abandonasteis;
que allí el traidor se quedaba
en vuestra ausencia gozándose,
al lado de Catalina,
al lado de vuestra amante,
y ese traidor, os lo digo,
porque vuestro enojo estalle,
es el mismo que hoy murmura
de veros aquí tan grande.»
Alzóse Hernán de la silla
sin dar muestras de alterarse,
y al licenciado Juan Díaz
así contesta arrogante:
—«Porque vos me lo habéis dicho,
y os doy las gracias, buen padre,
sé que el triunfo de mis armas
en toda Cuba se sabe.
No me importa que, envidioso,
se agite Diego Velázquez,



ni me avergüenza que diga
que son suyas estas naves;
que si honores al rey debe,
bueno será que los pague.
Nunca á don Diego he jurado
obediencia ni homenaje;
sólo al rey lo he prometido,
y al rey sólo he de humillarme.
Por eso, de los regalos
que en esta tierra me hacen,
un barco henchido de oro
bogando va por los mares.
Desprecio á los enemigos
que allá en Santiago me tachen;
que murmurar por la espalda,
es oficio de cobardes,
y no merecen, por cierto,
que yo sus lenguas les saque,
que no quiero que mis manos
con tal hazaña se manchen.
En cuanto al traidor don Diego,
dejad, por Dios, que aún no es tarde,

y ya veréis si es de tigre
alma que juzgáis de ángel.
Por lo tanto, fraile honrado,
dejad á todos que hablen,
que es propiedad de pequeños
ocuparse de los grandes.»
Y volviéndole la espalda,
de la habitación se sale,
á tratar de sus conquistas
con los demás capitanes.
Entonces el licenciado
toma papel, y al instante
de lo que ocurrido había
mandó á don Diego un mensaje.



Romance XI

ROMANCE XI

LAS NAVES Á PIQUE

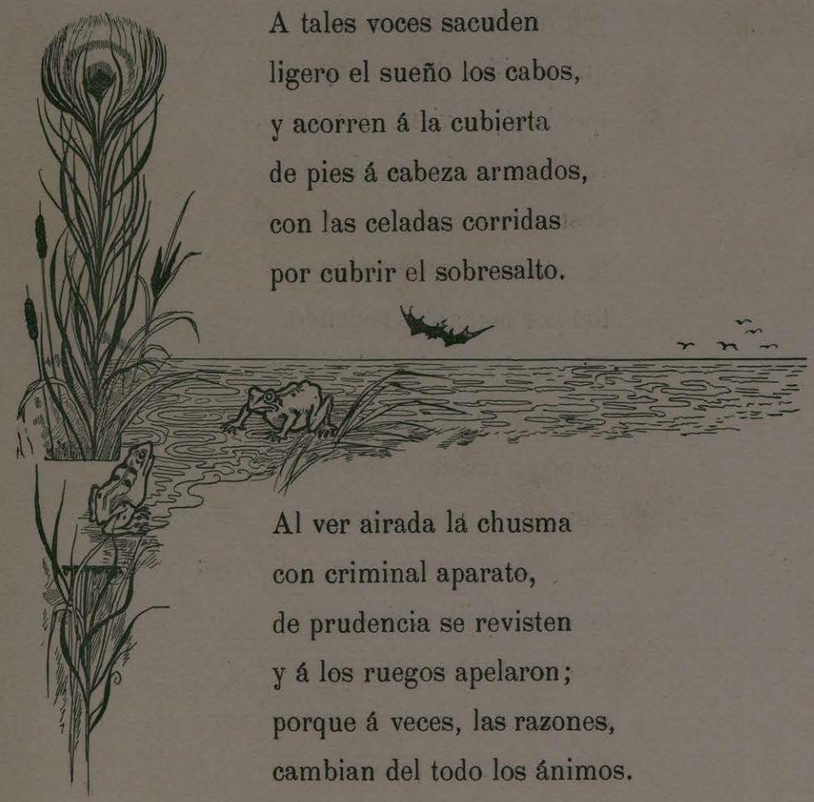
Escúchame por tu vida,
arrogante castellano;
así Dios con bien te vuelva
venturoso al suelo patrio,
donde tus ojos admiren
sus fecundísimos campos,
las paredes de tu aldea
y su altivo campanario.
Escucha, y el cielo quiera
que te vuelvas á los brazos
de los que niño en la cuna
tu puro sueño arrullaron.
¿Qué nuevas traes de la guerra?...
¿Qué nuevas traes de los bravos

que allende los mares lidian
nuevo mundo conquistando?...
¿Qué dices de aquel caudillo,
tan valiente como ingrato,
que por amor de la gloria
mis amores ha dejado?...
¿Vive?... ¿Le adora su gente?...
¿Le respetan sus contrarios?...
¿Conserva y lleva en su pecho
la banda que le he bordado?...
¿Sabes si de mí se acuerda?...
¡Si viera cuánto le amo,
si viera cuánto le lloro,
pronto volviera á mi lado!...
Díme... (y perdona si necia
te estoy enojo causando).
¿Has guardado tú su tienda?...
¿Has estrechado su mano?...
¿Le has sujetado el estribo
para subir á caballo?...
¿Has sentido algunas veces
deslizarse por su labio
el nombre de Catalina,
ó ya no me nombra acaso?...
¡Oh!... si algo sabes, contesta,

contesta, joven bizarro;
¡así te espere tu dama
con el amor que yo aguardo!...
—Por Cristo, noble señora,
que me aflige vuestro llanto,
pues por su abundancia dice
que del alma está manando.
Ese caudillo valiente,
que es de los indios espanto,
cerró el camino á su patria,
echando á pique sus barcos.
—¡Dios mío!... No, no, te engañas:
díme que te han engañado.
—Pluguiera el cielo, señora,
mas yo lo estuve mirando.
—¿Tú lo viste?... ¡Madre mía!...
¿por qué lo he querido tanto?...
—Se amotinaron los suyos
en pro del Adelantado,
y quitóles la esperanza
cortando velas y palos.
— Díme cómo fué, y no temas
que, aunque ves mi rostro pálido,
aun tengo sangre en las venas
y valor para escucharlo.

— Pues, oid: Era de noche,
y en medio de un cielo claro,
amarillenta la luna
se columpiaba brillando.
Todo en silencio yacía,
todo estaba solitario,
y de la playa serena
en el tranquilo regazo,
blandamente se mecía
toda la flota de Hernando.
Y en tanto los capitanes
se entregaban al descanso,
porque siempre el sueño ha sido
de los crímenes amparo;
como sombras fugitivas,
como espectros funerarios,
á las cubiertas subieron
los fieros amotinados,
con antorchas encendidas
y las dagas en las manos.
En medio de ellos estaba
Juan Díaz, el licenciado,

despertando á los dormidos
y la discordia atizando,
diciendo: ¡Viva Velázquez!
¡Torced el rumbo á Santiago!...
A tales voces sacuden
ligero el sueño los cabos,
y acorren á la cubierta
de pies á cabeza armados,
con las celadas corridas
por cubrir el sobresalto.



Al ver airada la chusma
con criminal aparato,
de prudencia se revisten
y á los ruegos apelaron;
porque á veces, las razones,
cambian del todo los ánimos.
Promesas, súplicas, ruegos,
amenazas... todo en vano;
que la tormenta arreciaba
causando tales estragos,
que ya andaba la licencia

respetos atropellando.
De pronto, en medio de todos,
alza su gigante brazo
el valeroso caudillo
con brío tan soberano,
que al silbido de su espada,
que bajó, el viento cortando,
rauda como la centella,
destructora como el rayo,
la cabeza de un rebelde
fué por las tablas rodando.
No en el revuelto Diciembre
brama con tal furia el ábrego,
como su acento terrible
retumbó por el espacio.
— «¡Fuera esas armas, traidores;
sus, de rodillas, villanos,
ó ancha tumba es para todos
el mar en que nos hallamos!» —
Dijo, y con un pistolete,
puesto el cañón boca abajo,
á Santa Bárbara apunta,
y altivo esperó el amago.
Así como con un dedo
calma Dios el Océano,

que osadamente subía
al cielo en ondas hinchado,
y luego manso se arrulla
á sus pies como un esclavo,
así Hernán calmó la furia
de sus rebeldes soldados,
que de miedo, confundidos,
á sus plantas se arrojaron.
— ¡Perdón!...
— ¡Hola!... al fin, vencidos,
estáis á mis pies temblando!...
¡Aquí de mis capitanes,
valiente Lugo, Alvarado:
cortad el cuello á los jefes
que han promovido este caso,
que es justo que con su vida
paguen delito tamaño!
Y á ese hombre, que atrevido
la traición ha predicado,
atadle á una lancha presto
y en medio del mar dejadlo,
que ya cuidarán las ondas
de conducirlo á Santiago.
Ahora vosotros, cobardes,
á la playa desarmados,

que de la patria por siempre
voy á cerraros el paso.
Y recogiendo las picas
arcabuces y venablos,
libres les deja en la arena
tristemente castigados.
A poco de este suceso,
torrentes de luz brotaron,
y en las llamas se envolvieron
de las naves los pedazos.
Yo temeroso, señora,
cogí una lancha, y al cabo
de mil penas y fatigas,
aquí llego por milagro.—
Calló el mozo; y Catalina,
sin cuidarse del recato,
partiendo el aire en suspiros,
tornó la espalda llorando.